

La novela como llave de conocimiento

La literatura se hace con lo que existe y con lo que no existe, escribía hace solo año y medio Antonio Muñoz Molina en su libro 'Como la sombra que se va'. En el volumen se mezclaban la narración de la huida del asesino de Martin Luther King, los recuerdos del proceso de escritura de la primera novela del autor andaluz ('El invierno en Lisboa') y parte importante de su vida más íntima —su primer matrimonio y el nacimiento de sus hijos, su trabajo de funcionario por entonces, sus ansias de ser otro y su relación con Elvira Lindo—. Porque la literatura se hace con lo que existe y con lo que no existe, es cierto, y en el papel cabe todo, es posible encontrar libros en los que se cuentan argumentos imposibles, tramas de ficción, historias reales y realidades que parecen mentira. También es posible, cada vez más, oír la voz de los escritores cuando se enfrentan a cosas que sucedieron y que, de alguna manera, les atañen personalmente, les hacen preguntarse por su propio proceso creativo o vital.

Los escritores franceses han hecho, en los últimos tiempos,

REPORTAJE

ELENA SIERRA



pos, un arte de contar las cosas de otros contándose a la vez a sí mismos. Es el caso de obras como 'Limónov', 'El adversario' y 'El Reino', de Emmanuel Carrère; esta última, además, es un estudio sobre la Biblia, una de las primeras grandes ficciones de la Historia. Patrick Deville está inmerso en el proyecto de escribir los grandes avances de la Humanidad en los últimos dos siglos, y en la narración de las peripecias reales de grandes figuras —descubridores, científicos, ideólogos—, se cuela el mismo.

Camuflaje

Existen recursos para narrar la Historia muy alejados del ensayo, pero que funcionan igual para plantearse reflexiones y debates. El argentino Patricia Pron está más que acostumbrado a partir de hechos reales con el objetivo de crear preguntas —sobre la propiedad

de las obras intelectuales o sobre eso que se llama compromiso social de los escritores—; la diferencia es que, como hace en 'No derrames tus lágrimas por nadie que viva en estas calles', todo el edificio que se levanta sobre un periodo histórico determinado, en realidad, nunca existió. Aquí, la República de Saló y la literatura fascista son el marco en el que muchos personajes de ficción van a poner sobre la mesa esos temas que quiere tratar. En este mismo saco podría incluirse 'Breve historia de siete asesinatos', del autor jamaiicano Marlon James, recientemente publicada en castellano por Malpaso. La narración avanza a base de los testimonios ficticios de quienes participaron en el intento de asesinato de Bob Marley en 1976.

Otra forma de atreverse con

lo real es camuflarlo, en una técnica del 'como si' que hace que la propia historia parezca la de unos personajes de ficción. Basta, a veces, con cambiar los nombres. Es lo que han hecho recientemente dos murallas que se han 'criado' en el mundo editorial. Ahí está Milena Busquets, la hija de Esther Tusquets, que en 'También esto pasará' contaba la desolación que vivió tras la enfermedad y muerte de su madre... como si hablara de otras personas. Busquets lo hizo el año pasado y ahora la que publica es su tía Eva Blanch, cuñada de Esther Tusquets, quien recupera la figura de la editora en 'Corazón amarillo sangre azul' (Tusquets) para contar sus últimos días. Aquí Eva toma el nombre de Clara y se 'inspira' en los familiares cercanos para transmitir la relación entre una mujer joven y una anciana «tan especial».

Pero hay otro camino, este mucho menos transitado y por ello muy interesante. Es el que ha escogido el autor austriaco Erich Hackl, que es capaz de narrar una historia real, recogida de la voz de sus protagonistas y de todos los documentos personales que

estos guardan como tesoros y también de archivos públicos, sin maquillar nada, sin inventar nada —así lo dice en algunos momentos en, por ejemplo, 'El lado vacío del corazón'— y sin hablar de sí mismo en ningún momento. Es un proceso de acercamiento a la vida de otros y alejamiento de la propia sin recurrir a la imaginación en ningún momento cuyo resultado, sin embargo, es un argumento que parece ficción, por lo rocambolesco de algunas vidas, por el poder de eso que siempre se ha definido como el impacto del devenir de la gran Historia en las pequeñas historias de cada cual. O lo que la política, la guerra, los cambios sociales, lo común, le hace a lo privado.

La de Hackl es una forma documental de narrar, de acercarse a la realidad, mucho más parecida al audiovisual o al teatro del mismo género. Y sin embargo, en librerías se puede encontrar allí donde se colocan las novelas. Porque, tiene razón Muñoz Molina, la literatura se hace con lo que no existe y con lo que existe. Lo importante, en cualquier caso, es tener el talento de hacerla bien.



«Si dejara libre la imaginación, me podría equivocar»

Erich Hackl. Escritor

El autor austriaco, que publica 'El lado vacío del corazón', aborda cada libro «como un trabajo social»

ELENA SIERRA

Cuando el austriaco Erich Hackl publicó 'Boda en Auschwitz', un libro que contaba la historia real de uno de sus compatriotas y una española que se casaban en el campo de exterminio, no esperaba que aquel relato tuviera tantos efectos como tuvo. Prime-

ro, los hijos de aquel hombre se reencuentran tras décadas de separación. Segundo, el hijo de otra familia le llamó para contarle lo que habían vivido él y los suyos. Era Hugo Salzmann, y lo que le dijo es hoy 'El lado vacío del corazón' (Pérfica). Nada de lo que aquí se lee no pasó. Lo que pasó pero no está documentado no se puede escribir, ni leer. Yo fui a Graz, donde vivían, nos reunimos, me facilitó el acceso a los documentos que guardaba... Y me fueron muy útiles los textos que había escrito su padre, Hugo Salzmann, como autobiografía. Todo ese fue el material fundamental y para mí resultó muy inesperado hallar memorias tan ricas del protagonista, nada que suele ocurrir que cuando los hombres cuentan algo, no entran en detalles, y en su caso fue al revés. Y por encima de eso, la emoción, la emoción



El escritor austriaco Erich Hackl. ARCHIVO

por la muerte de su madre, la de Hugo Salzmann hijo, una muerte que le provocó un sufrimiento que aún seguía sintiendo por apenas haberla conocido.

—El libro comienza con el relato del acoso laboral sufrido por Hanno, el nieto de Salzmann padre, en los años noventa. —Ese caso sería incluso cómico si no fuera tan terrible. El comentó que su abuela había muerto en un campo de concentración y los demás, por esa

extraña relación que se establece, porque suena a judío, pensaron que era judía y empezaron a dar donde más duele. Todos los intentos de la familia de Hanno para luchar contra ese acoso fueron en vano: ni la prensa local ni las instituciones políticas hicieron nada. El único que se interesó por el caso fue Simon Wiesenthal (el cazador de nazis), que todavía vivía; se puso en contacto con los políticos. El que hoy es presidente de Austria, entonces presidente del Congreso, tampoco actuó. Fue terrible. Y tengo que agregar que cuando mi libro se publicó, el mayor diario local de Graz, segunda ciudad del país, hizo una reseña muy positiva pero silenciosa esta parte del acoso, cuando es un tema que a cualquier periodista le interesaría. Es un gran problema el que se señala ahí, un conocido me dijo que eso podía ocurrir también en Alemania.

Falso documental, pura realidad tratada como ficción, búsqueda del propio pasado, combinación de personajes

reales y ficticios son recursos literarios para un fenómeno antiguo que reverdece en las Letras occidentales



—En el libro deja claro que la mítica desampliación no fue tal.

—Pero al mismo tiempo se hacen cosas muy positivas. Desde hace muchos años los supervivientes de los campos son invitados a las escuelas a contar lo que vivieron. No hay olvidados. Quiero decir que eran invitados, porque ahora no hay o son demasiado mayores para acudir. Pasa eso, y al mismo tiempo lo otro. Es lo que me limito a los casos concretos, reales. Evito entrar en especulaciones.

—¿No se plantea la literatura de otra manera?

—Quizá por el compromiso político, porque yo veo que la ficción me pone límites que el procedimiento documental no me pone, aunque me dé otros problemas. Yo quiero ser fiel a los hechos. Solo cambio algunos nombres en hechos muy

concretos y antes de publicarlo, doy a leer el manuscrito a sus protagonistas. De ese trabajo surge siempre una amistad que perdura en el tiempo y que hace que, si hay reediciones y se han producido cambios en los hechos (como en la historia de Sara y Simón, madre e hijo uruguayos que vivieron la dictadura militar), tengo que reescribir.

Ficción cerrada
—¿Qué otros problemas se encuentra?

—Si hiciera como los escritores que dejan vía libre a la imaginación podría llegar a conclusiones erróneas. El documental me cura de eso, de imaginar algo que no pasaba. Pero los hechos son bastante más fantásticos de lo que se puede imaginar. Y quiero conseguir algo fuera de la literatura.

—¿En el caso de 'El lado vacío del corazón'?

—No pude conseguir que se recibiera el caso de acoso laboral a Hanno, pero escribiendo sobre ello si se podía evitar que volviera a pasar lo mismo. Y lo único que consiguió el libro, y no es el primer caso, fue un encuentro dentro de la familia. A raíz de esto, cuando lo leyó la hija del viejo Hugo, la hermana de mi contacto, le llamó. Es una de esas consecuencias extraliterarias que en el fondo estoy buscando y por eso la ficción sería algo demasiado cerrado para mí.

—Puede ocurrir que alguien se ponga en contacto con usted para contarle su historia familiar y no sea posible escribir un libro sobre ello. ¿Qué tenía la de los Salzmann?

—Es difícil para mí explicar ese momento en que uno llega a la conclusión de que esa es una historia que hay que conservar. Yo tengo muchas guardadas solo porque sí, como un archivo, para que no se pierdan. Con Hugo, cuando hablamos por teléfono, automáticamente me entra tanto cariño, tanta ternura por él, es una persona tan sensible... Y me emocionaba su confianza en mí, que quisiera contarme cosas tan dolorosas... Sigo siendo casi la única persona de la que se fia. Cómo iba a no corresponder. Ese fue el impulso. Pero el problema viene cuando te comprometes y luego no sabes cómo contarla. Aquí había muchas cosas que no sabía y otras, como la relación padre-hijo o su vida en la RDA, tan difíciles... Como escribir para no condenar pero sin silenciar nada. En lo político, tendemos a sustituir el nazismo por el socialismo real, como si fuera igual, y tampoco quería eso.

—¿Ha sido su libro más difícil?

—No, no, no. Yo lo lamento sobre todo en cuatro casos de austriacos desaparecidos durante la dictadura argentina. Están ahí, quizá incluso sobredocumentados, pero no he escrito nada. Aunque para sus familiares lo que fue importante es que alguien los buscara, que fueran donde ellos y que pudiera conseguir para ellos información que no tenían sobre sus seres queridos.

—¿Es una labor social, curar una herida?

—Entiendo el trabajo del artista como un trabajo social, algo enfocado a los seres humanos. Seguramente por eso no llegué a interesarme por la ficción. El documentalismo me obliga a buscar a la gente y a unirse a sus seres queridos.

—¿Los escríptulos pueden llegar a paralizar?

—Si. Por eso quizá hay casos investigados que no he sabido contar. Lo único que me consuela es que está salvado, que está ahí. Pero por otro lado, uno va donde ellos, los molesta, hace que le cuenten sus momentos más dolorosos, les hace revivir aquello, y siente la necesidad de corresponder a su confianza y a su esperanza de verlo publicado... —¿Alguno reclama?

—No, no, no. Yo lo lamento